

Tres hermosas supercherías borgeanas¹

Fernando Sorrentino²

Prosas subrepticias

En 1969 Borges compiló el volumen *El matrero* (1970), cuyo “Prólogo” termina con estas palabras: “Este libro antológico no es una apología del matrero ni una acusación de fiscal. Componerlo ha sido un placer; ojalá compartan ese placer quienes vuelvan sus páginas”. El Índice registra los nombres de dieciocho autores cuya indiscutible existencia es verificable con fechas de nacimiento y de muerte: Paul Groussac, Eduardo Gutiérrez, José S. Álvarez, Domingo Faustino Sarmiento, Ventura R. Lynch, Alejandro Magariños Cervantes, Pedro Leandro Ipuche, Manuel Peyrou, Antonio D. Lussich, Lucio V. Mansilla, Leopoldo Lugones, José Hernández, Vicente Rossi, Laurentino C. Mejías, Martiniano Leguizamón, Jorge Luis Borges, Bernardo Canal Feijoo y Adolfo Bioy. Pero, además de los trabajos de estos escritores, encontramos —ignorados por el índice— otros tres textos, en cuerpo menor, en las páginas 73, 147 y 160. A saber, respectivamente:

1) “Un hijo de Moreira”, extraído de: Carlos Moritán, *Memorias de un provinciano*, Buenos Aires, 1932.

¹ Este artículo, ligeramente abreviado, y con el título de “Travesuras borgeanas”, se publicó por primera vez en el diario *La Nación*, Buenos Aires, 23 de mayo de 1999. Fue reproducido en el volumen *El forajido sentimental. Incursiones por los escritos de Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Editorial Losada, 2011.

² Fernando Sorrentino nació en Buenos Aires el 8 de noviembre de 1942. Es profesor de Literatura.

Sus cuentos se caracterizan por entrelazar de manera muy sutil, y casi subrepticia, la realidad con la fantasía, de manera que el lector no siempre logra determinar dónde termina la primera y empieza la segunda. Suele partir de situaciones muy “normales” y “cotidianas” que, paulatinamente, se va enrareciendo y convirtiéndose en insólitas o turbadoras, pero siempre recorridas por un arroyo sinuoso de sorprendente sentido del humor.

Condigno paralelismo de estos atributos, en cuanto lector rehúye las narraciones “filosóficas” y/o “psicológicas”, y es devoto de las aventuras, las peripecias, las sorpresas... Desde 1969 hasta la actualidad ha publicado más de ochenta libros (cuentos, novela, ensayo, entrevistas). Muchos de sus relatos han sido publicados en diversas lenguas de Europa y de Asia.

La Editorial Losada, de Buenos Aires, ha publicado, entre otros libros de su autoría, los siguientes: entrevistas: *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges* (2007) y *Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares* (2007); cuentos: *El crimen de san Alberto* (2008); ensayos: *El forajido sentimental. Incursiones por los escritos de Jorge Luis Borges* (2011).

2) “Otra versión del Fausto”, extraído de: Fra Diavolo, “Vistazos críticos a los orígenes de nuestro teatro”, *Caras y Caretas*, 1911.

3) “Las leyes del juego”, extraído de: Isidoro Trejo, *Rasgos y pinceladas*, Dolores, 1899.

Los tres textos son excelentes. La prosa es ceñida, cuidada y sintética. No sobran ni faltan circunstancias. Un matiz de grácil socarronería los recorre del principio al fin. Las construcciones sintácticas y el vocabulario son inconfundibles...

Participan de la misma vena formal y temática de otras prosas breves, tales como “El cautivo”, “El simulacro” (*El hacedor*), “Pedro Salvadores” (*Elogio de la sombra*), “La promesa”, “El estupor” (*El oro de los tigres*). Los tres textos —no me cabe la menor duda— fueron redactados por Borges. Si no los firmó, tal reticencia puede deberse a varias razones, siempre coherentes con su personalidad: pudo haberlos considerado textos menores, que no valía la pena atribuirse; pudo impulsarlo el afán de juego y de impostura, tantas veces presentes en su obra; pudo ser por la combinación de ambas causas, etcétera, etcétera.

No diré que *fatigué* (porque la expresión es borgeana, y antes, por lo menos, gongorina³) pero sí que revisé con esmero los catálogos y muchos libros de más de una biblioteca: el resultado de estas tareas es que no han existido nunca autores llamados Carlos Moritán ni Isidoro Trejo que hayan escrito las obras que Borges les adjudica, ni ninguna otra. En cuanto al seudónimo Fra Diavolo,⁴ no es más que un afectuoso saludo a Evar Méndez, el que fuera capitán de la aventura martinfierrista y tardío poeta del modernismo declinante; por último, es innecesario puntualizar que la revista *Caras y Caretas* no registra ningún trabajo titulado “Vistazos críticos a los orígenes de nuestro teatro”.

Indicios y huellas

³ “Estas que me dictó rimas sonoras / [...] / escucha, al son de la zampoña mía, / si ya los muros no te ven, de Huelva, / peinar el viento, fatigar la selva” (Góngora, “Fábula de Polifemo y Galatea” —1612—, octava 1ª).

⁴ Fra Diavolo fue uno de los dieciocho seudónimos que en la revista *Martín Fierro* utilizó Evar Méndez, y es un seudónimo de seudónimo, ya que Evar Méndez es, a su vez, seudónimo de Evaristo González (1888-1955). Fra Diavolo no figura en el *Diccionario argentino de seudónimos*, de Mario Tesler (Buenos Aires, Galerna, 1991), pero sí en el *Índice general y estudio de la revista Martín Fierro (1924-1927)*, de José Luis Trenti Rocamora (Buenos Aires, Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos, 1996).

Además de los indicios fácilmente advertibles en los giros, los tics, los guiños, el ritmo de la prosa (que, por obvios, sería innecesario señalar), hay otras huellas.

A) “Un hijo de Moreira”. El muchacho apenas alcanza dos décadas de vida y vive con su madre, que es planchadora, en un ámbito rural (sin duda, en un rancho humilde): exactamente igual que Funes el memorioso. El apellido Moritán es el de uno de los dos rivales de “El estupor” (*El oro de los tigres*). El título *Memorias de un provinciano* corresponde a un libro de Carlos Mastronardi, queridísimo amigo de Borges. Carlos Mastronardi y Carlos Moritán comparten el mismo nombre de pila y la misma inicial del apellido. Por otra parte, miembros de la familia Moritán Colman fueron amigos de Borges.

B) “Otra versión del Fausto”. Este título, típicamente borgeano, tiene estrechos puntos de contacto con “Otra versión de Proteo” (*El oro de los tigres*) y con “La penúltima versión de la realidad” (*Discusión*). Solo comparemos, para no fastidiar, el sujeto “trajeado con aseada pobreza” con aquel otro de “ajustado el decente traje negro” (“1891”, *El oro de los tigres*).

C) “Las leyes del juego”. “[...] un forajido, que le decían el Tigre”, intencionado solecismo en la proposición subordinada, evocador de la lengua oral, que repite el de “Francisco Real, que le dicen el Corralero” (“Hombre de la esquina rosada”, *Historia universal de la infamia*). El Tigre “debía varias muertes”, así como Rosendo Juárez “estaba debiendo dos muertes” (*idem*). Y ese comisario, de valerosa cortesía, que desarmado va a detener al forajido “sin alzar la voz”, ¿no es acaso de la misma estirpe de aquel Jacinto Chiclana, “capaz de no alzar la voz / y de jugarse la vida”? Por otra parte, Isidoro es el tercer nombre de Borges⁵ y también es el nombre de su abuelo Isidoro Acevedo Laprida y el de su bisabuelo el coronel Isidoro Suárez. Además, algún Trejo y Sanabria se cuenta entre los antepasados de Borges. Por último, el libro apócrifo del apócrifo Isidoro Trejo “apareció” en Dolores⁶ en 1899, el año de nacimiento de Borges.

Al César lo que es del César

⁵ Recordemos que Borges se llamaba Jorge Francisco Isidoro Luis.

⁶ No faltará alguna imaginación psicoanalítica que asocie el nacimiento en “Dolores” con los versos “He cometido el peor de los pecados / que un hombre puede cometer. No he sido / feliz. [...]” (“El remordimiento”, *La moneda de hierro*).

En conclusión, estoy absolutamente seguro de que “Un hijo de Moreira”, “Otra versión del Fausto” y “Las leyes del juego” pertenecen a Jorge Luis Borges; el escritor empleó el mismo procedimiento utilizado, por ejemplo, en “Museo” (*El hacedor*), que consiste en inventar textos y atribuirlos a fuentes ficticias. Con la única diferencia de que —por las razones que fueren— nunca incorporó estas tres piezas a un libro de su autoría.

Bibliografía

Borges, Jorge Luis (1970). *El matrero*. Buenos Aires. Edicom: 1970.

ANEXO:

Los textos en cuestión son los siguientes:

UN HIJO DE MOREIRA

Poco antes del Centenario, un muchachón, en una esquina de Rosario del Tala, tuvo una reyerta con otro y lo mató de una puñalada.

Interrogado por la policía, dijo que se llamaba Juan Moreira, como su padre, el de tantas mentas.

Tendría escasamente veinte años; la filiación dada por él era, a las claras, imposible, ya que Juan Moreira había muerto en 1874.

La madre, que era planchadora, persistió en confirmar la declaración. Dijo que Juan Moreira era efectivamente su padre y que “se lo había hecho” cuando estuvo ahí con su circo.

Acaso el nombre de Moreira influyó en el destino del muchacho.

Carlos Moritán: *Memorias de un provinciano* (Buenos Aires, 1932)

OTRA VERSIÓN DEL FAUSTO

Por aquellos años, los Podestá recorrían la provincia de Buenos Aires, representando piezas gauchescas. En casi todos los pueblos, la primera función correspondía al *Juan Moreira*, pero, al llegar a San Nicolás, juzgaron de buen tono anunciar *Hormiga Negra*. Huelga recordar que el epónimo había sido en sus mocedades el matrero más famoso de los contornos.

La víspera de la función, un sujeto más bien bajo y entrado en años, trajeado con aseada pobreza, se presentó a la carpa. “Andan diciendo”, dijo, “que uno de ustedes va a salir el domingo delante de toda la gente y va a decir que es Hormiga Negra. Les prevengo que no van a engañar a nadie, porque Hormiga Negra soy yo y todos me conocen”.

Los hermanos Podestá lo atendieron con esa deferencia tan suya y trataron de hacerle comprender que la pieza en cuestión comportaba el homenaje más conceptuoso a su figura legendaria. Todo fue inútil, aunque mandaron pedir al hotel unas copas de ginebra. El hombre, firme en su decisión, hizo valer que nunca le habían faltado al respeto y que si alguno salía diciendo que era Hormiga Negra, él, viejo y todo, lo iba a atropellar.

¡Hubo que rendirse a la evidencia! El domingo, a la hora anunciada, los Podestá representaban *Juan Moreira*...

Fra Diavolo: “Vistazos críticos a los orígenes de nuestro teatro” (*Caras y Caretas*, 1911)

LAS LEYES DEL JUEGO

No recuerdo el nombre del comisario. Sé que le daban el nombre de Boina Colorada y que había servido en el 2 de infantería de línea. Llegó al pueblo hacia mil ochocientos setenta y tantos. Los vecinos le informaron que en una cueva, en las márgenes del Quequén, tenía su guarida un forajido, que le decían el Tigre. Debía varias muertes y el

comisario anterior no se había animado nunca a prenderlo. Boina Colorada pensó que para cimentar su autoridad le convenía proceder en el acto. No dijo nada aquella noche, pero a la mañana siguiente ordenó a un vigilante que lo llevara hasta la guarida del Tigre. Éste habitaba allí con su hembra. Ya cerca de la cueva, el comisario le dijo al vigilante que no se mostrara hasta que lo oyera silbar y le dio su revólver. Entró tranquilamente en la cueva. El Tigre, un gaucho de melena y de barba, le salió al encuentro con el facón. Sin alzar la voz, el comisario le dijo:

—Vengo a buscarlo. Dése preso.

El Tigre, que sin duda era valiente, hubiera peleado con la partida, pero aquel hombre solo y seguro lo desconcertó. El comisario silbó. Cuando apareció el vigilante, le dio esta orden:

—Desarme a este hombre y lléveselo a la comisaría.

El vigilante obedeció, temblando. Así lo tomaron al Tigre. Otra cosa hubiera ocurrido si el comisario se hubiera presentado con la partida o si hubiera entrado gritando.

Isidoro Trejo: *Rasgos y pinceladas* (Dolores, 1899)